

Raúl Silva Castro

## Efigie de Carlos Pezoa Véliz (1)



É imagino que entre las personas que me escuchan, y a quienes agradezco con toda sinceridad la molestia que se han tomado al venir hasta esta sala, algunas debe haber que han estudiado a Carlos Pezoa Véliz, tratando de penetrar más allá de sus versos en busca del alma que los concibió y los produjo. Mi plática de hoy no dirá tal vez nada nuevo a todos cuantos me hacen el honor de oírla; pero entre quienes no se conformaron con leer al poeta y quisieron saber algo del hombre, deseo plantear hechos nuevos que surgen del estudio de la vida y de la obra de Pezoa Véliz. Si me atreví a tomar su nombre para encabezar el de esta charla, es porque en aquella investigación tengo logrados algunos frutos que quiero compartir, ya que guardarlos para mí solo sería feo delito de soberbia y de egoísmo. Para abreviar cuanto se pueda, pasaré muy de ligera sobre los hechos conocidos, y me detendré algo más, un poco más, en los nuevos o en los menos divulgados, para que la atención que se me dispensa no quede totalmente defraudada.

El poeta chileno Carlos Pezoa Véliz nació en Santiago en el curso de 1879, y murió en la misma ciudad en 1908. Alcanzó a vivir

---

(1) Conferencia leída en la Extensión Cultural de la Universidad de Concepción.

sólo veintinueve años y no publicó durante ellos ninguno de los libros que había prometido y anunciado. Se sabe poco de sus primeros años, y se cree hasta hoy que no comenzó a publicar sino en 1899, esto es, cuando ya había enterado los veinte años de edad. Estudió en una escuela primaria vecina al hogar, y aunque logró matricularse en el Liceo de San Agustín, no se sabe que pudiera seguir sus estudios. Al francés dedicó alguna importancia, siguiendo, en compañía de su amigo Ignacio Herrera Sotomayor, los cursos vespertinos que se daban en el Instituto Superior de Comercio; pero mientras Herrera subía de grandes zancadas en esa especialidad y terminaba por ser profesor de francés después de lucidos estudios en el Instituto Pedagógico, el poeta parece haberse conformado con las nociones elementales que le permitieron leer algo en esa lengua y admirar algunos de sus escritores. Herrera también le hizo clases de francés en las páginas de las *Confesiones* de Rousseau.

En el invierno y en la primavera de 1898, el joven poeta se hallaba en edad militar y, convocado a la guardia, hizo en ella un período de instrucción que le ocupó hasta fines del año. La fecha es muy importante. Sombrias amenazas de guerra con la República Argentina habían venido sucediéndose en los últimos meses así en las columnas de la prensa como en los debates parlamentarios. Un soplo de emoción ante el peligro bélico atravesó todas las almas. ¿Queda alguna huella en la del poeta? No. De la guardia nacional conservó un recuerdo tal vez odioso, que se podría haber seguido puntualmente en las páginas del relato que el poeta se propuso escribir, que escribió efectivamente, que consultó uno de sus biógrafos (Armando Donoso), que extractó en pequeñas dosis y que, en fin, se ha extraviado hasta hoy. Por lo poco que de ese relato se ha salvado podemos convenir en que la vida militar no fué grata a Pezoa Véliz: las marchas le produjeron inequívoco tormento físico, los compañeros no le sedujeron por su espiritualidad y la vida de cuartel, toda ella, le pareció mezquina y lamentable.

Licenciado, en posición del grado de oficial de reserva, Pezoa Véliz quedó de frente a la existencia con la obligación de ganarse

la vida en lo que fuese accesible. La familia era pobre, y algunas desgracias domésticas agriaban el carácter de sus miembros. Disgustado con ellos, el poeta apartó casa y buscó refugio en la pieza de conventillo mientras subvenía a sus necesidades con algunas ligeras ocupaciones como la de aprendiz de zapatero y la de calador de sandías en el mercado de San Diego. Nada de esto andada cerca de la quimera literaria, de modo que pronto Pezoa Véliz volvió la espalda a aquellas ocupaciones y prefirió la de poeta. Había entonces una manera de ganarse la vida en el ejercicio de las letras, manera que hoy está algo olvidada. Los poetas vulgares, que componían décimas glo-sadas equivalentes a la crónica roja de los diarios de ahora, vendían sus hojas sueltas en las estaciones del ferrocarril y en los mercados, y entre ellos se coló Pezoa Véliz adoptando para el caso el seudónimo *Juan Mauro Biobío*. Una polémica de pega con Daniel Mene-ses, poeta vulgar de fama en esos tiempos, permitió a Pezoa Véliz, según recordaba su amigo Herrera, juntar algunos reales, pagar deudas y volver, en fin, a la casa en que la madre, encorvada al peso del trabajo hogareño, no podía menos que echar de menos al hijo ausente. Y así, con esta reconciliación que no hay motivo alguno para no suponer muy tierna y sincera por ambas partes, termina esta etapa de la vida de Pezoa Véliz.

Otra comienza el mismo año 1899, cuando el joven poeta consigue que se publiquen sus primeros versos serios en una modestísima revista de jóvenes escritores titulada *El Búcaro Santiaguino* y dirigida por Tito V. Lisoni. Dentro del mismo año se suceden otros hechos importantes. Uno de ellos es la amistad con el ya mentado Herrera, cuya noticia habíamos anticipado por necesidades de la presentación del poeta, y otro la apertura de un diario íntimo en el cual Pezoa comenzó a confesarse con un abandono, una franqueza y un desparpajo que se avanzan no poco sobre el modelo que pudo haberle dado Rousseau. No parece aventurado suponer, además, que también en el curso del año 1899 Pezoa Véliz se confirmó en la fe socialista hasta el punto de que debe haber creído posible afirmar que en lo sucesivo su poesía estaría orientada más hacia la política que

hacia el amor y otros sentimientos. Pero ya sabemos que los jóvenes no siempre saben lo que quieren, y estudiaremos, dentro de lo que la brevedad permita, el paso final que hizo a Pezoa Véliz olvidarse de los verdores juveniles de sus ideas políticas.

En esa nueva etapa el joven poeta sigue publicando sus poemas en el diario "La Alianza Liberal", en "La Campaña" y en "El Obrero", lee mucho, escribe composiciones que no siempre le dejan contento y participa en la fundación del Ateneo Obrero, institución precursora de organizaciones más cabales de lucha social como las que después hemos conocido. Pero como en el Ateneo se han deslizado algunos anarquistas, con quienes el poeta no congenia, grave ruptura sobreviene, Pezoa promueve un incidente dentro del directorio y ya que la cuerda se corta por lo más delgado, se aparte de él y redacta furibundos comunicados a la prensa contra los ácratas que le han hecho salirse de sus casillas.

En esto nos hemos acercado al fin del año 1899, y es hora de señalar que dentro de él tuvo Pezoa Véliz la primera ocupación remunerada y regular de su existencia, la ayudantía de una escuela privada de enseñanza primaria que funcionaba en la avenida Diez de Julio entre las calles San Diego y Gálvez. Si se añade que estaba regentada por religiosas, el asombro de los oyentes subirá un punto, y si se agrega que entre las clases de Pezoa figuraba la de catecismo, seguramente alcanzará a su culminación. Entonces comienza en él la doble vida que le veremos llevar prácticamente hasta la muerte: la del ateo que hace clases de religión, la del socialista que se procura amigos burgueses, la del inconforme que predica conformidad, la del humildísimo hijo de artesanos, y descendiente tal vez de peones, que busca el lujo, se rodea de él y quiere, en fin, que se le tenga por joven elegante y calavera. En la escolita de San Fidel las clases de Pezoa deben de haber sido mediocres, y el comportamiento del maestro poco satisfactorio, porque el empleo dura poco. ¿Hacia dónde tiende los ojos? Pasa unas semanas viviendo en casa de Herrera, quien registra en el diario íntimo que a su vez está redactando, una por una, las facetas del hambre de su amigo, hambre que le exalta

y le lleva a escribir en medio de una especie de frenesí; y cuando ya las cosas parecen irse empeorando, Pezoa Véliz recuerda que hay en su haber el despacho de oficial de reserva y lo hace valer. Se emplea como furriel en el Regimiento Escolta. Y ahí tenemos al poeta en una nueva postura doble, la del antimilitarista que debe asentar entre los toques del cuartel las partidas de sus libros de contabilidad, llevar la correspondencia oficial del regimiento y tomar nota de todas las minúsculas incidencias de la vida castrense. Tal empleo dura hasta el año 1902, en que tal vez lo abandona por hastío o se ve obligado a abandonarlo por los frutos del mismo hastío, que no podían ser ignorados de sus exigentes superiores. Y no exagero al decir esto, ya que, confesándose, Pezoa Véliz habla de su "carácter indolente y poco cumplidor".

En el mismo espacio de tiempo, y bajo la mirada comprensiva y cariñosa de Herrera, el poeta escribió la *Oda a la Independencia de Chile*, presentada a certamen y no premiada, y otras colaboraciones que aparecen en "La Nueva República", en "El Fígaro" y en "Luz y Sombra". Ya es un nombre juvenil de la nueva literatura chilena. El poeta practica la costumbre de dirigir sus versos por correo a las revistas, y en ellas se le contesta alentando sus avances, prometiendo la próxima publicación de las colaboraciones que ha enviado y aun aconsejándole que prefiera la prosa al verso... Cuando se fusionan en una sola las revistas "Luz y Sombra" e "Instantánea", Pezoa Véliz sigue colaborando pero hace algo más: se presenta a sus amigos epistolares, de noche, sin aviso previo, vestido de poncho porque el invierno era crudo y dándose a conocer con timidez como de principiante. Y con la estampa del poeta vestido de tan campestre modo termina esta nueva etapa en que, como ya se dijo, el poeta consiguió empinarse un poquito sobre la indiferencia del ambiente hasta el punto de que ya se le podía dar el título de promesa.

La consagración, por decirlo así, vino con la publicación de "Pluma y Lápiz", revista fundada y sostenida por Marcial Cabrera Guerra, cuyo primer número aparecía el 2 de diciembre de 1900. Pezoa Véliz apresuróse a darse cuenta de lo que significaba la nueva

revista, quiso publicar en ella, envió sus versos y, en fin, logró verlos publicados. Consiguió algo más, ya que Cabrera le delegó como agente contratador de suscripciones en las ciudades del sur, que Pezoa visitó en el otoño de 1902.

Una faceta de la sensibilidad del poeta en la cual no se ha hecho hincapié hasta el momento en los estudios que sobre él se han escrito, es el ansia de viajar, la cual le lleva a fantasear empresas en lugares remotos. Como es muy pobre, cree posible ganarse la vida con más facilidad fuera de Chile o, en todo caso, no en el Santiago natal, que le queda estrecho; pero, falto de verdadero empuje, esos viajes imaginarios se quedan en el papel. En junio de 1899, proyectaba ir al Ecuador; después, atemorizado por la mala salud, habla de irse a vivir a Juan Fernández, en donde, según sus noticias, el clima es dulce; y en el mes de enero de 1900, sale efectivamente de Santiago, por primera vez, rumbo a Valparaíso con la intención final de pasar a las islas. No lo consigue, y vuelve a Santiago y a su hogar un tanto alicaído y endeudado. En noviembre de 1900, habla nuevamente de viaje, con tal fervor que sus amigos de "Instantáneas de Luz y Sombra", le despiden en una nota muy simpática por lo elogiosa, acompañada con retratos. Y éste, que es el primero que de él se publica, viene a ser documento fundamental en su reducida iconografía. El viaje se queda, como los otros, en la imaginación del poeta. Pero el ansia de salir era sin duda sincera, porque Pezoa Véliz consigue al fin, a fines de junio o comienzos de julio de 1902, materializar su quimera trasladándose a Valparaíso. Desde esa fecha hasta 1907 vive en el puerto y en la ciudad vecina de Viña del Mar, sitios ambos que deben haber sido gratos a su espíritu y animadores de sus potencias, porque en ellos escribe lo más granado y robusto de su producción, lo mejor de su obra, así en el verso como en la prosa, lo más característico y lo mejor perfilado desde el punto de vista del estilo.

Llegado a Valparaíso, Pezoa Véliz se hizo amigo de Víctor Domingo Silva, de su madre y de sus hermanos, frecuentó la casa y



escribió en elogio de ella la poesía *Al amor de la lumbre*, que figura con justicia entre las mejores de su pluma. Intervino en las reuniones del Ateneo de la Juventud, en donde pudo conocer a Ernesto Monje, Federico Zúñiga, Alberto Mauret Caamaño, Luis A. Hurtado, Horacio Olivos, Mario Centore, Alberto Brandán y otros periodistas y escritores de la época. El uso de entonces hacía intervenir a los artistas en las sesiones de centros obreros, hasta los cuales se llegaba con el propósito de ilustrar a los oyentes por medio de conferencias y lecturas. La Sociedad en resistencia de Carpinteros anunció para el 26 de abril de 1903 una velada conmemorativa del próximo 1.º de mayo, en la cual iban a tomar parte varios escritores, y en la segunda sección del programa se leía: "Marcha de campaña, fragmento de una novela, por Carlos Pezoa Véliz". Es la primera mención que se tiene de aquel relato, aludido ya, al cual había confiado el poeta sus impresiones de la guardia nacional.

En fecha que nos es desconocida, pasó a residir en Viña del Mar, en donde hizo clases en un colegio privado y fué, en seguida, funcionario de la Municipalidad. Observaba mucho la vida ambiente. De ese período quedan páginas briosas, cuales jamás escribió sobre Santiago, aun cuando ésta era su ciudad natal. Le llamaron la atención, al paso, rasgos de costumbres en la estación de la ciudad veraniega por excelencia, el estero Malga Malga, que con su mansa corriente cruza la población, la calle de Viana, en la cual creyó sorprender el secreto del vecindario viñamarino, las fondas de la población Vergara, que no estaba edificada como hoy y se limitaba a ser desierto arenal, y en las mañanas de sol el sonido evocador de la música (*La sonata escandinava*), acunado como ensueño trunco de amor por los ojos de una muchacha a la cual jamás dirigió la palabra.

En mayo de 1903 colaboró en "El Matasiete", modestísimo periódico de agitación obrera similar a algunos en que había colaborado ya en Santiago. En septiembre vino a la capital para atender a su madre, con ocasión de la enfermedad que le quitó la vida, y enton-

ces algo escribió para "El Imparcial", diario fundado por su amigo Miguel Angel Gargari. Vuelto a Viña del Mar, en octubre participaba ya abiertamente en la política municipal junto al primer alcalde don Jorge Körmann y en contra del regidor Bonifacio Veas, obrero de la fundición Lever Murphy y miembro conspicuo del partido demócrata. Pezoa Véliz, iniciaba ya a velas desplegadas la ascensión social que había venido buscando, hacía buenas amistades en el poblacho viñamarino, y de incumplidor e indolente se transforma rápidamente en hombre de ordenadas costumbres. "De día —escribía entonces— no topo al prójimo sino en los almuerzos y en las horas de paseo. Lo demás, solo". "Nada de copas, ni de tisis —agregaba—; tampoco nada de estudios que no sean de literatura o de mi profesión. Actualmente profesor de castellano, historia natural, geometría y gimnasia". Al leer esta enumeración puede creer alguien que Pezoa Véliz era una enciclopedia. Nada de eso: ya se vió que apenas había cursado uno o dos años de humanidades, en condiciones bien precarias. Se cita el extremo para hacer ver hasta qué punto el ambicioso joven se había forjado una nueva personalidad, y cómo, a fuerza de constancia y de labor asidua, iba conquistando el medio que antes había encontrado tan hostil.

Desde Viña del Mar escribió para "Chile Ilustrado", manteniendo además con el director de esta revista, el poeta Magallanes Moure, una correspondencia literaria de gran interés literario y psicológico. Allí fué acogido su *Pintor Perezza*; y entonces ocurrió por primera vez lo que Pezoa Véliz andaba buscando con tanto ahinco: se le aplaudió, se le hizo saber que sus versos gustaban, se le reconoció novedad en el intento, gracia en el decir, profunda mirada de psicólogo y, en fin, lo que el escritor procura poseer ante todo: estilo. No voy a cometer la majadería de repetir aquellos versos, que tantos saben de memoria; pero se me permitirá que recuerde sus dos últimas estrofas, en las cuales asoma ya algo del concepto que el poeta tenía en esas horas formado sobre el pueblo chileno:



*¡Tanta pena, tanta! Su llanto salobre  
secaba una vieja de andrajoso ajuar;  
iba un mercachifle y un ratero pobre  
y una lamparilla que hacía llorar.*

*La vida... Sus penas... ¡Chocheces de antaño!  
Se sufre, se sufre. ¿Por qué? ¡Porque sí!  
Se sufre, se sufre... Y así pasa un año  
y otro año... ¡Qué diablos! La vida es así...*

Resignación, fatalismo, conformidad sombría, que dista mucho de la radiante conformidad del optimista: de todo eso hay un poco en aquellas estancias heteróclitas. Magallanes también publicó en su revista *Al amor de la lumbre*, ya citado, y con ambas composiciones el poeta entraba, desde la distancia, en el gran mundo literario santiaguino.

De este dulce embeleso vino a despertar brutalmente el poeta con el accidente que costó la vida de su padre. El 19 de abril de 1904 el viejo Pezoa fué arrollado en la calle del Puente por un tranvía, frente al Mercado Central, y aun cuando fué a tiempo recogido y asilado en el Hospital de San Juan de Dios, murió en la medianoche. Nunca sufrió el poeta un choque semejante. Sintióse culpable de aquella desgracia, porque habiendo disfrutado ya de la holgura económica que se trazaba como meta, no se llevó a vivir con él, en Viña del Mar, a la madre y al padre antes de que la muerte, con tan corta distancia de tiempo, se los arrebatara. Desechó la literatura, de la cual dijo que dejaba sólo palabras, y de aquellos seres rústicos (el padre era analfabeto) proclamó que eran "lo único santo que había en su vida". Pero el tiempo, que todo lo cura, sumergió aquella tragedia, poquito a poco, en el alma de Pezoa Véliz, a quien vemos colaborar por algunos meses en "El Heraldó", diario de Valparaíso, y en "La Lira Chilena", que se publicaba en la capital. Y esta vez su colaboración fué nutrida, abundante, distribuída tanto en prosa como en verso, y se prolongó hasta comienzos del año 1905.

Mientras tanto, en noviembre del año anterior había iniciado su relación con "La Voz del Pueblo", que se editaba en Valparaíso.

Se trata de un periódico obrero, del mismo corte de otros que antes se han citado, aunque distinguido por algunos rasgos propios. Pezoa escribió poco para el diario; pero en esas relaciones hay el mérito del anuncio de *Tierra bravía*, volumen de prosa al cual atribuía su autor la mayor excelencia. Finalmente, como agente y corresponsal viajero de "La Voz del Pueblo", Pezoa Véliz salió hacia el norte y conoció, entre otros sitios, las oficinas salitreras, sobre las cuales dió a saber también el proyecto de escribir un folleto. No parece que lo escribiera, así como tampoco le dió tiempo la vida para redactar los esbozos de cuentos y de novelas sobre temas pampinos, que alcanzó a anotar en algunas libretas de íntimas apuntaciones; pero, en cambio, escribió algunos artículos curiosos, de costumbres salitreras, que alcanzan mérito especial en su corta producción de prosa. Ya en agosto de 1905 estaba de vuelta en Valparaíso, después de seis meses de ausencia en el viaje más largo que hizo, a pesar de lo cual no alcanzó a salir de Chile a ninguno de los sitios que había fantaseado antes.

En septiembre de 1905 inició colaboración en "La Comedia Humana", revista ilustrada de Lacquaniti, en la cual la parte literaria era habitualmente entregada por Víctor Domingo Silva, Roberto Alarcón Lobos y Luis Roberto Boza; y esta vez, maduro ya para la labor literaria, el poeta se trueca con facilidad de estilo que no parecía en él imaginable, en amenísimo cronista de costumbres, formado acaso en la lectura de Román Vial. Maneja con idéntica soltura el verso y la prosa, y por primera vez da acogida en sus producciones no ya al chileno, tal cual él lo siente, desde su altura de joven aficionado a la elegancia, sino con su propio lenguaje, y que como persona literaria, en calidad de autor directo e inmediato de lo que ha observado en él. Para poder dar salida a tanta producción, emplea varios seudónimos, y hay números en que tres y cuatro artículos son de Pezoa Véliz, sin perjuicio de que se puedan atribuir, además, por razones de estilo, otros que no es posible identi-

ficar con tanta certeza. ¿Escribía con facilidad? De los testigos de su tiempo, hay quienes dicen que sí, y otros, en cambio, creen que le costaba escribir. A juzgar por "La Comedia Humana", no le costó nada redactar escenas dialogadas, artículos de costumbres, versos satíricos para poner en solfa a los personajes salientes de Valparaíso y de Viña del Mar, leyendas para las caricaturas: en fin, todo ese trabajo menudo de la redacción de un periódico, en que por lo menos hay que poner siempre intención y gracejo, aun cuando no se alcance con igual eficacia el buen humor.

Esta colaboración, que ha permanecido hasta hoy totalmente ignorada de cuantos han escrito sobre Pezoa Véliz, será recogida por quien os dirige la palabra, en una recopilación completa de las obras del autor, porque tiene la seguridad de que con ella se revela una faceta nueva en el ingenio de Pezoa, una especialidad oculta, rasgos que hacían falta para dominar por otra vertiente el aspecto general que ofrece el escritor.

El 19 de mayo de 1906 se reunieron en Viña del Mar los miembros de los partidos liberal, radical, nacional y conservador para organizar los trabajos de la candidatura presidencial de don Pedro Montt, eligieron presidente a don Jorge Hörmann, y en el grupo de los tres secretarios de la junta quedó designado Carlos Pezoa Véliz, encargado especialmente de las publicaciones de prensa. De otras publicaciones de la época se colige que figuraba entonces en la juventud nacional o monttvarista, única filiación política doctrinaria que se le conoce. Por lo demás, habiendo dirigido los miembros de esta juventud un telegrama de adhesión a Montt, su candidato, en el cual le prometían luchar con ardor por su candidatura, fué a Pezoa a quien aquél dirigió su respuesta, ya que era su firma la que se leía en primer término. Y como don Pedro Montt obtuvo el triunfo en aquella elección, fácil es imaginar que un nuevo porvenir se abriría a Pezoa en cuanto su candidato llegara a la Presidencia de la República y pudiera distinguir a quienes le habían ayudado a ocupar el cargo.

Pero una especie de hado fatal perseguía al joven poeta, ya

que en la noche del 16 de agosto de 1906, cuando el señor Montt, electo ya, no se había recibido todavía del mando, se produjo el terremoto que destruyó barrios enteros de Valparaíso y de Viña del Mar. En este cataclismo el poeta mismo sufrió no poco, aplastado por el muro de la casa en que vivía, y fué rescatado de la muerte por manos amigas que acudieron a sus voces de auxilio. En la noche siniestra Pezoa Véliz quedó con magulladuras en todo el cuerpo, perdió algunos dientes y se quebró una pierna. Se le hospitalizó de inmediato, y en el Hospital Alemán se operaron sus heridas. La Municipalidad de Viña del Mar, a la cual prestaba desde algunos meses antes servicios como secretario, le acordó sucesivas licencias para atender al restablecimiento de su salud. En noviembre pudo salir del hospital, apoyado en muletas, y se fué a San Felipe a tomarse algunos días de convalecencia. El 1.º de diciembre de 1906 reanudó sus labores en la secretaría municipal, sin perjuicio de volver en algunas temporadas próximas a San Felipe, en donde había hecho buenas amistades. Pero de pronto comenzó a sentir alteraciones de la salud que le llevaron de nuevo al Hospital Alemán.

En julio de 1907, su amigo Zoilo Escobar creyó necesario llamar la atención de los lectores de la revista porteña "Sucesos" hacia la figura doliente de Pezoa. Está recluso otra vez, y se le opera de apendicitis porque los médicos que le atienden atribuyen a esa causa la postración de salud que el poeta denuncia. En aquellos días de forzada inmovilidad se produce en él una especie de inflamación espiritual, y escribe poemas de penetrante estilo y avanza no poco en la redacción de otros, concebidos antes y postergados. De los primeros es *Tarde en el Hospital*, que muchos creen producido en San Vicente de Paul, el hospital santiaguino en que murió, por el hecho de que en las recopilaciones de sus versos se le ha colocado en último lugar. La historia exige precisar las cosas: *Tarde en el Hospital Alemán*, conforme rezaba su título primitivo, apareció por primera vez en "Sucesos" en el mes de julio de 1907 y precede, por lo tanto, en cerca de un año al fallecimiento. Montenegro, haciendo referencia a este período, dice que "con el sufri-

miento vuelve la inspiración lírica”, y el hecho es que por esos días también comienza a disponer, en recortes y originales, las páginas del libro que se prepara a editar en cuanto recupere la salud.

La operación de apendicitis ejecutada en el Hospital Alemán, no resulta; la herida no cicatriza; el poeta acepta que su situación es desmedrada, tal vez grave, y consigue por medio de amigos médicos que se le lleve al Hospital de San Vicente de Paul, anexo a la Escuela de Medicina, en donde dispondrá sin duda de excelente asistencia médica. En esta casa de salud le conoce don Emilio Vaisse, capellán de la misma, que al escribir en 1912 sobre *Alma Chilena* recuerda las horas de íntimo coloquio pasadas con el poeta en aquellos días tristes. Oyéndole recitar *Tarde en el hospital*, se le ocurre compararle con Verlaine. Después de muchas consultas y exámenes, Pezoa Véliz es nuevamente operado en San Vicente, y allí se comprueba que hay una tuberculosis generalizada que afecta de modo especial al aparato digestivo. Los médicos no pueden hacerse ilusiones. La enfermedad es mortal; pero al paciente, para engañarle dulcemente la espera, le hablan de curaciones, de plazos de cicatrización y demás, y a fin de calmar sus dolores le aplican morfina. Cuando el dolor vuelve porque el efecto de la dosis ha pasado, el enfermo grita y blasfema en voz alta haciendo resonar los ecos de su angustia por las salas de San Vicente.

Y los amigos mientras, ¿qué hacen? Abren una colecta en el Ateneo de Santiago a fin de recaudar fondos para atender todos aquellos gastos, se turnan para irle a visitar y le publican, en fin, sus versos, sus queridos versos, en la novísima revista “Zig-Zag”, que tenía también ya establecida la saludable costumbre de pagar toda colaboración. Son las últimas emociones del escritor: verse editado en las tersas y limpias páginas de la espléndida revista, ilustrado por Zorzi y leer allí las estancias de sus poemas guardados tanto tiempo. Cuando ya la salud de Pezoa Véliz íbase agravando a paso rápido, comenzó la Semana Santa, a la cual se puso término el Domingo de Resurrección de 19 de abril. Dos días después, el 21 de abril, el poeta moría en la sala del hospital a las nueve de la mañana, asistido por el

personal y solo, sin amigos a su lado, porque no era esa la hora habitual de las visitas.

Todos los proyectos quedan en el aire, no alcanza a imprimir sus libros y deja su obra dispersa, suelta, encerrada en páginas de diarios y de revistas. La muerte le corta la carrera brutalmente, después de agudos dolores, antes de los treinta años de edad. Es un pobre mozo a quien se le estaban abriendo los caminos, desde la extrema miseria y la espesa oscuridad de los orígenes, que se precipita en la desgracia sin haberla buscado, que lucha por desasirse de ella y que cae, en fin, exhausto, al peso de su tragedia, en la sombra y en el olvido. Olvido y sombra que fueron reales por algún tiempo, y que se están reviendo hoy, apresuradamente, por cuantos creemos que en su obra hay algo más que lo que muestra la superficie. De sus poemas y prosas dispersas compone Ernesto Montenegro en 1912 una primera selección, *Alma Chilena*, con el expreso designio de que pasen a conocimiento de los lectores sólo los mejores fragmentos, los más representativos de un logrado estilo. En 1920 Leonardo Pena, amigo de la juventud, vuelve a la tarea en París publicando otra antología, *Las campanas de oro*, más reducida aún, pero que posee el mérito de llevar el nombre que el propio poeta había indicado a sus amigos como adecuado para encabezar algunos de sus versos. En 1927 Armando Donoso se aparta de estos designios, y publica prosa y verso, con cierta generosidad de páginas, empleando materiales nuevos que le proporcionan amigos sobrevivientes, entre quienes cabe citar, por diligente, al tantas veces mencionado Ignacio Herrera Sotomayor, que brindó a Donoso el uso de sus archivos. Desde entonces se le sigue comentando y estudiando, y no hay antología chilena moderna en que no aparezca algo de Pezoa Véliz, especialmente *Nada y Tarde en el hospital*, que siguen siendo las preferidas para ese tipo de publicaciones. En 1951, en fin, Antonio de Undurraga publica los resultados de una extensa encuesta entre los amigos del poeta, y traza la biografía con multitud de nuevos pormenores, como prólogo



de una antología más severa aún que la de Leonardo Pena. ¿Es que el destino de este poeta será quedar desconocido?

Me atrevo a hacer la observación, porque en el libro que yo estoy preparando, empleo un método diferente y sigo la huella de Donoso. He duplicado el caudal poético de Pezoa gracias a una menuda y ahincada exploración de los periódicos de la época, y en materia de composiciones en prosa he logrado llegar mucho más lejos todavía, merced al aporte que dan "La Comedia Humana" y otras revistas y diarios en los cuales diversos trabajos de Pezoa habían quedado enredados y perdidos para el uso de sus admiradores, y merced a poemas inéditos que he copiado de originales manuscritos.

El carácter popular explícito de algunas de las composiciones de Pezoa Véliz ha llevado no pocas veces a plantear como tema la discusión el de sí fué o no poeta del pueblo chileno. Más claro resulta el tema si nos preguntamos qué fué con mayor intensidad, si poeta del pueblo o poeta para el pueblo. Pezoa Véliz aparece como uno de los primeros escritores que en los albores del siglo XX repitieron para Chile la generosa empresa tolstoyana de "ir hacia el pueblo", recortada y amputada si se quiere, pero con ánimo fiel. Fué hacia el pueblo, literalmente, cuando, habiéndose disgustado con los suyos, apartó casa y se instaló a vivir, en el conventillo; y después, olvidada ya aquella etapa de su vida, que es por lo demás anterior a casi toda su obra literaria, recordó al pueblo en sus versos y se propuso, conscientemente, hacer poesía del dolor y de la alegría popular. La filiación poética de Pezoa Véliz sería, pues, hablando en términos provisionales, la de un poeta culto que quiso ir hacia el pueblo, con la intención de captar al vuelo el drama minúsculo, los contrastes de caracteres y de índole, las oposiciones de gustos y la condición social, todo lo cual se divisa con bastante relieve en las series de prosa y de versos de "La Comedia Humana", que no llamo de madurez, porque cuando las compone el poeta y periodista no cuenta sino veintiséis años de edad y está, aparentemente, muy distante de haber alcanzado el cenit de su existencia literaria. Le

queda mucho por ver, y los proyectos encontrados en sus papeles íntimos permiten establecer que él mismo, sintiéndolo así, anotaba ideas sueltas para darles más cumplido desarrollo en un mañana que para él no echó sus luces.

Si se juzgan las cosas desde afuera, podría entenderse que Pezoa Véliz no logró nada, ya que ni siquiera le fué permitido publicar en libros los poemas que tenía escritos a su muerte. Pero el gusto público quiere otra cosa, y en estas alturas del siglo XX la poesía de Pezoa Véliz ha cobrado tal imperio en las lecturas habituales de los chilenos, que sería necio negarle mérito e interés para el estudio. No cabe duda de que en ella se revelan algunas facetas del alma nacional, ni podría negarse que la resignación, el fatalismo, el renunciamiento y la familiaridad con la miseria y con la muerte, que constituyen cortejo habitual en las estancias del poeta, parecen asimismo ser algunos rasgos dominantes en la psicología del pueblo chileno. Pezoa Véliz iba dominando la forma y abriendo el espíritu a la concepción de escenas de novela, cuando cayó herido por el terremoto. Se le puede avizorar, con algunos años más de existencia, convertido en novelista; pero mientras eso queda en la hipótesis, la realidad es su obra. Y es ella, menuda o grande, la que demanda nuestra atención. Yo se la he prodigado con cuanta diligencia me fué posible, y merced a la ayuda inestimable de algunos camaradas sobrevivientes, creo haber conquistado para el nombre póstumo de Pezoa Véliz no pocas parcelas que andaban perdidas, multitud de páginas que llamarán la atención por lo frescas y jugosas y composiciones de toda laya con las cuales se enriquece el concepto habitual que sobre su acervo teníamos formado. Tal es la novedad que he querido ofreceros en esta charla, para pagar con la moneda que me es accesible el interés y la curiosidad que veo reflejados en los rostros de tan selecto auditorio.

